

Polimatía

(Saber que abarca diversos conocimientos)

Marco
Aurelio
Denegri



Universidad
Inca Garcilaso de la Vega

Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas
FONDO EDITORIAL

Polimatía

Serie: Obras escogidas / Humanidades

Marco Aurelio Denegri

Polimatía

Saber que abarca diversos conocimientos



Universidad
Inca Garcilaso de la Vega

Nuevos Tiempos. Nuevas Ideas

FONDO EDITORIAL

FICHA TÉCNICA

Título:	Polimatía
Autor:	Marco Aurelio Denegri
Serie:	Obras escogidas / Humanidades
Código:	HUM - 002-2014
Editorial:	Fondo Editorial de la UIGV
Formato:	140 mm X 220 mm 154 pp.
Impresión:	Offset y encuadernación en rústica
Soporte:	Cubierta: folcote calibre 12 Sobrecubierta: couché de 150 g Interiores: bond marfileño de 85 g
Publicado:	Lima, Perú, Octubre de 2014
Tiraje:	1000 ejemplares

Universidad Inca Garcilaso de la Vega
Rector: Luis Cervantes Liñán
Vicerrector: Jorge Lazo Manrique
Jefe del Fondo Editorial: Fernando Hurtado Ganoza

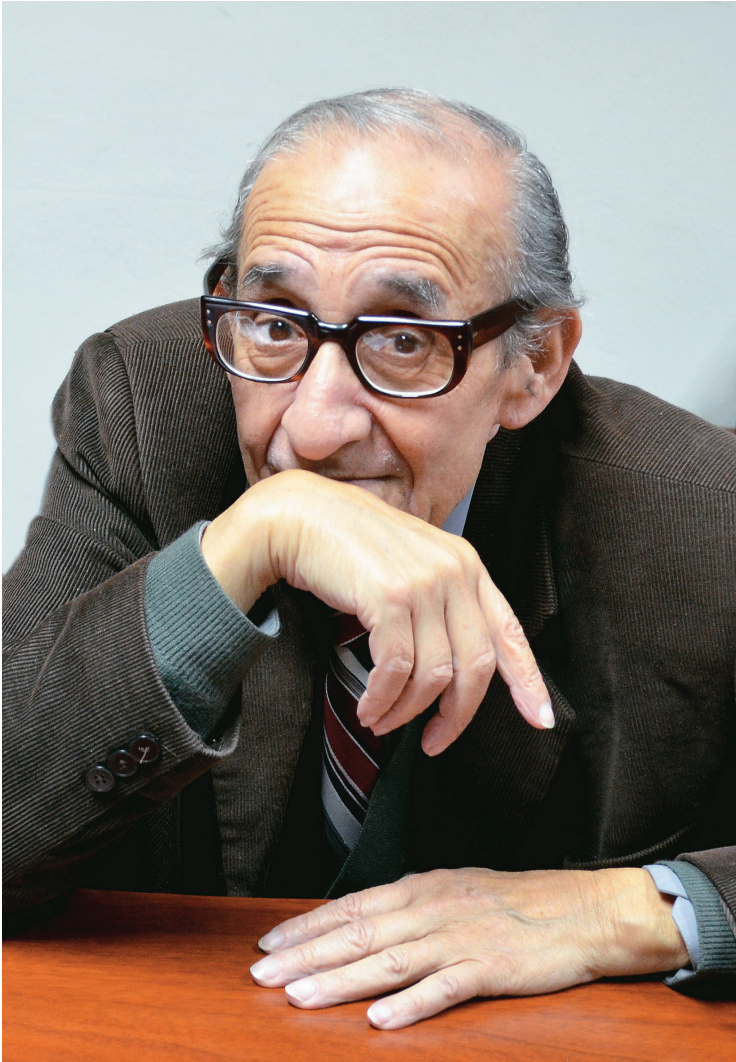
© Universidad Inca Garcilaso de la Vega
Av. Arequipa 1841 - Lince
Teléf.: 471-1919
Página Web: www.uigv.edu.pe

Fondo Editorial
Jr. Luis N. Sáenz 557 - Jesús María
Teléf.: 461-2745 Anexo: 3712

Coordinación editorial : Nérida Curazzi Gutiérrez

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio,
sin autorización escrita de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-15165
ISBN: 978-612-4050-78-7



Marco Aurelio Denegri

Índice

I.	Materiales para el estudio de la felicidad	13
II.	Matrifobia	65
III.	Cuestión peliaguda	77
IV.	Las ojeras	85
V.	Bentónicos y pelágicos	95
VI.	La vida	105
VII.	Minimalismo poético e intimismo fragmentario	109
VIII.	El ataúd como lecho	113
IX.	La solencia decimonónica de matar perros	125
X.	Placer femenino del 800: fumar	133
XI.	El porqué del muslo desnudo de Claudine	145
XII.	¿Los virus son seres vivos?	149

Presentación

Esta nueva aportación de Marco Aurelio Denegri, no muy extensa pero sustanciosa, tiene el mismo carácter misceláneo de cuatro obras anteriores del autor, tres de las cuales fueron publicadas por nosotros: *Miscelánea Humanística* (2010), *Esmórgasbord* (2011) y *Poliantea* (2014).

El primer capítulo es una exposición general del tema de la felicidad y una compilación de lo que han dicho sobre ella los más diversos autores. Nadie acierta a definir exactamente lo que es la felicidad. Sin duda porque la felicidad, como ha dicho Ferrater Mora, “no es el fin de ningún impulso, sino lo que acompaña toda satisfacción.”

Pero este libro no sólo vale por el primer capítulo. También vale por el último, que trata de los virus y de la suposición infundada de que son seres vivos.

Ahora bien: entre el primero y el último hay otros diez capítulos *lecturables*, voz que ha difundido entre nosotros Marco Aurelio Denegri y que se refiere a las obras dignas de ser leídas.

Polimatía es una obra lecturable.

Fernando Hurtado Ganoza
Jefe del Fondo Editorial

I

Materiales para el estudio de la felicidad

*“La suprema felicidad de la vida
es saberse amado por lo que uno realmente es,
o mejor dicho, a pesar de lo que uno es.”*

(Víctor Hugo)

“Félix”

Félix, en latín, significa *fecundo, feraz, fértil, fructífero*; ***félix árbol*** es el árbol que produce fruto, el árbol frutal. (*)

Éste es el sentido primario de *félix*. El secundario es *venturoso, afortunado, dichoso, favorecido por los dioses, favorable, bienhechor, propicio, próspero, saludable*.

La felicidad, según el DRAE

“Estado del ánimo que se complace en la posesión de un bien. // 2. Satisfacción, gusto, contento.”

(*) *Félix* se deriva del indoeuropeo *dhe-l-ik*, fecunda, fértil, que amamanta; de *dhe-*, y éste de *dhei-*, amamantar.

La diosa Felicitas o Felicidad

“Diosa alegórica de los romanos, que adoraban en ella la felicidad propiamente dicha en el sentido más lato de la palabra, sobre todo en el de una riqueza fecunda y benigna.

*“Los romanos empleaban mucho la palabra **féliz**. Decían árboles **felices** o dichosos en vez de decir **fértiles**, niños **felices** los de todo matrimonio todavía lozano, y esta condición se exigía a todos los sacerdotes, particularmente a las vestales. [La lozanía del período anterior debe entenderse como la capacidad que tiene el hombre de engendrar y la mujer de concebir.]*

*“Casi todos los discursos de los cónsules comenzaban exponiendo un deseo de felicidad. Sila llevó el sobrenombre de **Félix**. El primer templo que tuvo en Roma Felicitas fue construido por Lúculo, amigo de Sila; estaba en el Velabro y encerraba muchos objetos de arte traídos de Grecia. Al carro triunfal de César se le rompió el eje cuando pasaba por delante de este templo, lo cual fue mirado como signo de mal augurio.*

“Cerca de la curia Hostilia se construyó un segundo templo a Felicitas, que fue restaurado por Sila y derribado por César.

“Por último, había una Felicitas en el Campo de Marte y una Felicitas pública en el Capitolio, donde se la adoraba juntamente con la Salud pública, al lado de los grandes dioses.

“La imagen de la Felicidad aparece en las monedas de Lolia con la cabeza ceñida por una venda y llevando por atributos el cuerno de la abundancia y el caduceo. En tiempo del Imperio tuvo bastante importancia la Felicitas de Augusto, y se invocó a Felicitas por la fecundidad de las emperatrices.”

(José Ramón Mélida, “Felicidad”. *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias, Artes, Etc.* Barcelona, Montaner y Simón, y Nueva York, W. M. Jackson Inc., 1952, IX, 155b.)

Los filósofos y la felicidad

“Nos referimos únicamente a algunas de las concepciones básicas de la felicidad.

“Aristóteles ha manifestado que la felicidad ha sido identificada con muy diversos bienes: con la virtud, o con la sabiduría práctica, o con la sabiduría filosófica, o con todas ellas, acompañadas o no de placer, o con la prosperidad. La conclusión de Aristóteles es compleja: las mejores actividades son identificables con la felicidad. Pero como se trata de saber cuáles son tales ‘mejores actividades’, el concepto de felicidad es vacío a menos de referirse a los bienes que la producen. En todo caso, Aristóteles tiende a identificar la felicidad con ciertas actividades de carácter a la vez intelectual y moderado.

*“Boecio se dio cuenta asimismo de la índole ‘compuesta’ de la felicidad; ésta es ‘el estado en el cual todos los bienes se hallan juntos’. La felicidad no tiene, pues, sentido sin los bienes que hacen felices a los hombres. Pero desde Boecio [o sea desde el siglo VI de la era cristiana] se tendió ya a distinguir entre varias clases de felicidad (**beatitudo**); puede hablarse de una ‘felicidad bestial’, que propiamente no es felicidad, sino, a lo sumo, la felicidad aparente; de una ‘felicidad eterna’, que es la de la vida contemplativa; de una ‘felicidad final’, o ‘última’, o ‘perfecta’, que es lo que se llamaría en español ‘beatitud’.*

“San Agustín habló de la felicidad como fin de la sabiduría; la felicidad es la posesión de lo verdadero absoluto

*y, en último término, la posesión (**fruitio**) de Dios; todas las demás 'felicidades' se hallan subordinadas de aquélla. Lo mismo San Buenaventura, para quien la felicidad es el punto final y la consumación del itinerario que lleva el alma a Dios. La felicidad no es entonces ni voluptuosidad ni poder, sino conocimiento, amor y posesión de Dios.*

*“Santo Tomás usó el término **beatitudo** como equivalente del vocablo **felicitas** y lo definió como ‘un bien perfecto de naturaleza intelectual’. La felicidad no es simplemente un estado del alma, sino algo que el alma recibe de fuera, pues de lo contrario la felicidad no estaría ligada a un bien verdadero.*

*“Aunque los autores modernos hayan tratado de la felicidad en forma distinta que los filósofos antiguos y medievales, hay algo de común en todos ellos: el que la felicidad no es presentada nunca como un bien en sí mismo, ya que para saber lo que es la felicidad hay que conocer el bien o los bienes que la producen. Inclusive quienes hacen radicar la felicidad en un estado de ánimo independiente de los posibles ‘bienes’ o ‘males’ supuestamente ‘externos’, llegan a la conclusión de que no puede definirse la felicidad si no se define un cierto bien, por ‘subjetivo’ que éste sea. Kant destacó muy claramente este punto al manifestar en la **Crítica de la Razón Práctica** que la felicidad es ‘el nombre de las razones subjetivas de la determinación’ y, por tanto, no es reducible a ninguna razón particular.*

“La felicidad es un concepto que pertenece al entendimiento; no es el fin de ningún impulso, sino lo que acompaña toda satisfacción.”

(José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*. Quinta edición. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, S. A., 1965, I, s.v. “Felicidad”.)

La felicidad es una ilusión

El sentido primario de la palabra *ilusión* es el siguiente:

“Concepto, imagen o representación sin verdadera realidad, sugeridos por la imaginación o causados por engaño de los sentidos.”

La *ilusión* es, pues, un error de los sentidos o del entendimiento, que nos hace tomar las apariencias por realidades. ***Illusio***, en latín, se deriva de ***illúdere***, que entre otras acepciones tiene la de *engañar*.

Ilusión, en este sentido primario, es pues sinónimo de *engaño*, *error*, *imaginación*, *quimera*, *fantasmagoría*, vale decir, equivocación de los sentidos o figuración vana de la inteligencia, desprovista de todo fundamento.

La acepción secundaria de *ilusión* reza así:

“Esperanza cuyo cumplimiento parece especialmente atractivo.”

Ilusionarse es forjarse ilusiones, hacérselas.

Que yo sepa, el único pensador que se ha ocupado detenidamente de la ilusión ha sido el filósofo español Julián Marías, discípulo importante, acaso el más, de don José Ortega y Gasset. Marías ha publicado un *Breve Tratado de la Ilusión*. Expondré inmediatamente sus principales ideas al respecto.

La aparición en nuestro idioma de la acepción secundaria de la palabra “ilusión”

En español, desde un momento que será menester precisar, aparece un sentido completamente distinto,

positivo, valioso y muy estimable de la voz de que se trata. Es el que se echa de ver en expresiones como “*tener ilusión*” por algo o por alguien; hacer una cosa “*con ilusión*”; “*estar lleno de ilusión*”, lo cual no es lo mismo que “*hacerse ilusiones*”; tampoco “*ilusorio*” equivale a “*ilusionante*”; y en nada se parece “*ser un iluso*” a “*estar ilusionado*”.

Dice Marías haber averiguado que fue Espronceda (1808-1842) el descubridor del nuevo sentido del término *ilusión*, que paulatinamente hubo de pasar de la vieja acepción tradicional y común a tantas lenguas, a otra distinta, que había de quedar reservada a la nuestra.

Los españoles y la ilusión

Sería excesivo decir que desde el Romanticismo los españoles viven ilusionados o que el temple de la vida es la ilusión; pero Marías siente que *cuentan con esa posibilidad*, que la ilusión funciona en su horizonte vital como una promesa, muchas veces incumplida, lo cual significa una *desilusión*.

La instalación vital de los españoles incluye una dimensión que antes, por lo menos, no estaba *expresa*; pero que ahora, al nombrarse, aparece como algo accesible en principio, a lo cual se aspira, y cuya frustración aparece como derrota o fracaso.

Esto significa que la *pretensión de felicidad* es mayor y en consecuencia más improbable su cumplimiento, y con ello la impresión de infelicidad, tan característica de la literatura romántica en todos los países, pero que en España trasciende a la vida en general.

A propósito de la *impresión de infelicidad* recién dicha, quisiera injerir la siguiente anécdota que Ortega y Gasset cuenta en el segundo tomo de sus *Obras Completas* y que sin duda por descuido no adujo Marías, siendo, como es, tan oportuna.

La felicidad de la infelicidad

*“Durante su Embajada de Roma, Chateaubriand dio una fiesta suntuosa. Con el codo magníficamente apoyado en el mármol de la chimenea, el torso erguido, la cabeza peinada en **coup de vent**, como si el vendaval del Niágara todavía la fatigase, recibía el gran **charmeur** a sus invitados.*

“Una dama inglesa, desconocida de él, se acercó a saludarle y, misteriosamente, le dijo estas palabras:

“¡Ah, señor embajador, cómo se conoce que usted es muy desgraciado!”

*“El embajador romántico se sintió halagado en su más honda intimidad: fueron aquellas palabras de la inglesa anónima una de las caricias más deleitosas que había recibido en su vida, y al recordarlas, cuando escribía sus **Memorias**, le sirven de pretexto para hacer ante nosotros unas cuantas piruetas de magnífica melancolía e hinchar su garganta de viejo rruiseñor con algunos períodos de espléndida euritmia.” [Euritmia: ritmo armonioso.]*

La pretensión de felicidad

Según Marías, si se pudiese medir la pretensión de felicidad y compararla con su realización media, entonces se llegaría a una visión de la historia de apasionante interés. A juicio de Marías, esa pretensión es hoy muy

baja en casi toda Europa, confundida con una pretensión de «*bienestar*» traducible en la posesión de objetos o en la elevación del nivel económico.

Me pregunto, dice Marías, si sería fácil explicar al europeo medio actual lo que el español entiende por “*ilusión*”; y no estoy seguro de que, a pesar de la existencia de la palabra y de su uso todavía vivo, las últimas generaciones españolas lo entiendan inmediata y eficazmente.

¿En qué radica la ilusión?

La ilusión radica en esa dimensión de la vida humana que es su condición *futuriza*, es decir, el hecho de que, siendo real y por tanto presente, actual, está proyectada hacia el futuro, intrínsecamente referida a él en forma de anticipación y proyección.

Esto, claro es, introduce una “*irrealidad*” en la realidad humana, como parte integrante de ella, y hace que la imaginación sea el ámbito dentro del cual la vida humana es posible. Si el hombre fuese solamente un ser perceptivo, atenido a realidades presentes, entonces no podría tener más que una vida reactiva, en modo alguno proyectiva, electiva y, en suma, libre.

Por eso la ilusión no puede reducirse a la alegría o al entusiasmo; lo cual por cierto no significa que la alegría o el entusiasmo no puedan ser o no deban ser ingredientes suyos. La ilusión significa *anticipación*. Afecta primariamente a los proyectos y, naturalmente, a sus términos. El título de Pedro Salinas, *Vispera del Gozo*, conviene admirablemente a la ilusión.

La ilusión como lado positivo de la menesterosidad humana

El hombre *necesita* muchas cosas, y en forma distinta necesita a las personas. En última instancia, necesita personalmente todo lo que necesita, aunque lo necesitado no sea personal, porque él es una persona.

Y no es esto solo: el hombre no necesita únicamente lo que no tiene, sino que *sigue necesitando* lo que tiene, y muy especialmente a las personas. *La indigencia humana no cesa nunca, su menesterosidad no se extingue con la presencia, el logro, el goce, la posesión, con todas las formas de consecución o realización que puedan imaginarse.*

En la medida en que las necesidades sean auténticamente personales, son *inextinguibles, perdurables, están penetradas de duración ilimitada.*

La ilusión es el lado *positivo, afirmativo*, de esa condición indigente o menesterosa.

Sin ilusiones, la vida humana se atedia

La vida humana se nutre de ilusiones, por lo general pequeñas, menudas, a las que se suele dar poca importancia. Sin embargo, la vida decae sin ellas, se convierte en un tedioso proceso rutinario amenazado por el aburrimiento, que es el riesgo más grave de nuestro tiempo.

Esas ilusioncitas con las que contamos, que nos mantienen tensos y en expectativa, que nos ayudan a seguir viviendo, introducen una especie de campo magnético en nuestra temporalidad. Van jalonando nuestras jornadas: tenemos ilusión por ver una parte de nuestra ciudad, por mirar unos árboles, por pasear por

el campo, por la hora de la comida, por tomar una taza de café, por ver a una persona, estar con ella; en fin, tenemos la mar de ilusiones.

Anticipamos todo eso, pero con desigual seguridad. En algunos casos estamos seguros de que algunas de esas ilusiones se cumplirán; pero en otros sentimos zozobra, estamos inquietos y desazonados por la inseguridad de que tal o cual ilusión se cumpla.

El balance insobornable de nuestra ilusión

Lo que a ojos vistas puede revelarnos quién somos verdaderamente, es decir, quién pretendemos ser últimamente, es el balance insobornable de nuestra ilusión.

¿En qué tenemos puestas nuestras ilusiones y con qué fuerza?

¿Qué empresa o quehacer llena nuestra vida y nos hace sentir que por un momento somos nosotros mismos?

¿Qué presencia orienta nuestra expectativa, qué anticipación nos polariza, tensa el arco de nuestra proyección, se convierte en el blanco involuntario e irremediable de ella?

Latencia y programaticidad de la ilusión

Todo lo que reduzca a lo actual, presente, dado, poseído, es ajeno a la ilusión. Podemos caracterizarla, indica Marías, por incluir un *horizonte de latencia*, de donde le viene su condición *programática* y su interna necesidad de continuidad, de perduración, en principio ilimitada.

Y como esto no es seguro, a la ilusión le pertenece inevitablemente la amenaza, no ya de su incumplimiento, sino de que le sobrevenga su anulación interna. En efecto, como la sombra al cuerpo, acompaña a la ilusión el fantasma de la *desilusión*.

Desilusión mortal

A propósito del fantasma al que Marías acaba de referirse, permítame el lector que agregue complementariamente lo siguiente:

La *desilusión* es el *desengaño*, o sea el conocimiento de la verdad con que se sale del engaño o error en que uno estaba.

La desilusión es a veces mortal, como en el pasaje que se leerá en seguida, del libro *Linterna Mágica*, del escritor arequipeño Miguel Ángel Urquieta, citado por Alberto Hidalgo, otro ilustre arequipeño, en su libro ***Muertos, Heridos y Contusos***:

“Estaba seguro de tener algo en la cabeza, pero como no sabía qué, la curiosidad que cada día le atenazaba más, le empujó a destapársela de un tiro. Y como no encontró nada, la desilusión le mató, no la bala.”

La ilusión no sólo es futuriza

Si la ilusión es una esperanza cuyo cumplimiento parece especialmente atractivo, si la ilusión es una anticipación del goce, entonces, ¿no debería ser una esperanza *fundada*? Porque es muy fácil fantasear e ilusionarse *infundadamente*.

La ilusión es, como dice Marías, *futuriza*, sí, pero también es un *futurible*, vocablo con que se designa lo

futuro condicionado, que no será con seguridad sino que sería si se diese una condición determinada.

Muchas ilusiones de la gente, las más, no tienen verdadera realidad, quiero decir, fundamento bastante para que se cumplan.

Esto significa que, en general, la acepción secundaria de *ilusión*, esto es, *esperanza*, no se ha desprendido enteramente de la *irrealidad* que caracteriza la significación primaria de esta palabra.

A veces la irrealidad de la esperanza es cabal, como por ejemplo cuando Dyer dice a los intonsoos que “*el cielo es el límite*”, endilgándoles una ilusión vitanda. Pareja vitandidad se aprecia en la ilusión de que el amor, el sexo y el matrimonio son combinables y que la combinación resultante es funcional. La verdad es que semejante combinación es completamente disfuncional.

De estas iluzionzuelas (uso este neologismo por lo despectivo, claro está) hay exuberancia, y lo peor es que muchísima gente se complace en ellas.

Dicho lo cual, concluyo esta exposición resumida de las principales ideas de Julián Marías acerca de la ilusión. Quienes no sabían que la felicidad es una ilusión, ahora lo saben; y quienes lo sabían a medias, lo saben ahora completamente.

Lincoln y la felicidad

*“Cuando Jesse Weik ayudaba a Herndon a preparar su inmortal biografía [Herndon & Weik, **The History and Personal Recollections of Abraham Lincoln**], creyó indudablemente que las informaciones sobre la tristeza de Lincoln debían de ser exageradas. De modo que discutió el*

punto extensamente con los hombres vinculados a Lincoln durante años; hombres como Stuart, Whitney, Matheny, Swett y el juez Davis.

“Entonces Weik se convenció firmemente de que los hombres que nunca vieron a Lincoln, difícilmente podrían comprender su tendencia a la melancolía; y Herndon, mostrándose de acuerdo con él, llegó más lejos, [y dijo]:

“Si Lincoln tuvo alguna vez un día feliz en el transcurso de veinte años, yo nunca lo supe. Su rasgo más prominente era un perpetuo aire de tristeza. La melancolía goteaba de él al andar.”

(Dale Carnegie, *Lincoln, el Desconocido*. Segunda edición. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, S.A., 1955, 107.)

Ribeyro y la felicidad

“Esperando el tranvía en una ciudad extranjera, rodeado de gente a la que nunca volveré a ver, viendo las tiendas, los letreros, el suave sol de la primavera esmaltando los tejados, he sentido uno de esos efluvios de plenitud, de optimismo, de amor a la vida que para los demás son una norma y para mí una excepción. Mi felicidad era tan grande que no cabía en mi corazón.

“Con los ojos empañados miraba a la gente como si quisiera abrazarla y contagiarle mi gozo y decirles que no se preocuparan por nada, que no se torturaran, que ya todo iba a pasar, que la dicha estaba allí en las veredas, en los árboles, en las campanas, al alcance de todos los que quisieran inclinarse y arrancarla como se arranca una rosa.

“Media hora más tarde, sentado en el tranvía, sentí mi pecho cansado; pastoso e insensible el rostro de la gente; triste e inhumano el paisaje: por las ventanas desfilaban los galpones de un viejo campo de concentración.”

(Julio Ramón Ribeyro, *La Tentación del Fracaso. Diario personal, 1950-1960*. Lima, Jaime Campodónico / Editor, 1992, I, 126-127.)

“En estos seis o siete días que llevo en París he tenido momentos de depresión comparables a los que sufrí en Madrid en los días más bellos o en el barco ante los paisajes más encantadores. Hay algo que anda mal en mí y que me hace inepto para la felicidad.”

(Ribeyro, o.c., I, 32.)

Lo que sintió el colegial Zweig al abandonar para siempre el colegio

“Y el único momento dichoso, verdaderamente alado, que debo a la escuela, fue el día en que sus puertas se cerraron para siempre con un golpe detrás de mí.”

(Stefan Zweig, *El Mundo de Ayer. Autobiografía*. Segunda edición. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1943, 44.)

Goethe y la felicidad

“Me he tenido siempre por un hombre extraordinariamente favorecido por la suerte; no quiero quejarme ni maldecir el curso de mi vida. Pero, en sustancia, mi vida no ha sido otra cosa que fatiga y trabajo, y puedo asegurar que en los setenta y cinco años que llevo en el mundo no habré gozado cuatro semanas de una dicha propiamente tal.”

(Johann Peter Eckermann, *Conversaciones con Goethe*. Estudio preliminar y traducción por Francisco Ayala. Segunda edición. México, J. M. Jackson, Inc., 1966, 66. [Conversación del martes 27 de enero de 1824.]

“De toda su larga vida, [Goethe] no recordaba sino cuatro semanas de plena y absoluta felicidad; el resto, de afán y penas.”

(José de la Riva-Agüero, *Obras Completas. III: Estudios de Literatura Universal*. Prólogo de Aurelio Miró-Quesada Sosa. Recopilación y notas de César Pacheco Vélez. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1963, 420.)

Goethe tenía setenta y cinco años cuando confesó haber sido feliz solamente unas cuatro semanas en toda su existencia. En setenta y cinco años hay novecientos meses, de los cuales uno solo fue para Goethe verdaderamente felicitario, e infelicitarios los ochocientos noventa y nueve meses restantes. Si esto le ocurrió a un personaje de talla prócer, como Goethe, entonces ¿qué no nos podrá ocurrir a nosotros!

Freud y la felicidad

“¿Qué fines y propósitos de vida expresan los hombres en su propia conducta; qué esperan de la vida, qué pretenden alcanzar en ella? Es difícil equivocarse la respuesta: aspiran a la felicidad, quieren llegar a ser felices, no quieren dejar de serlo. Esta aspiración tiene dos fines: un fin positivo y otro negativo. Por un lado, evitar el dolor y el displacer; por el otro, experimentar intensas sensaciones placenteras. En sentido estricto, el término ‘felicidad’ sólo se aplica al segundo fin. De acuerdo con esta dualidad de objetivo perseguido, la actividad humana se despliega en dos sentidos, según trate de alcanzar, prevaleciente o exclusivamente, uno u otro de aquellos fines.

“Como se advierte, quien fija el objetivo vital es simplemente el programa del principio del placer; principio que rige las operaciones del aparato psíquico desde su mismo

origen; principio de cuya adecuación y eficiencia no cabe dudar, por más que su programa esté en pugna con el mundo entero, tanto con el macrocosmos cuanto con el microcosmos. Este programa ni siquiera es realizable, pues todo el orden del universo se le opone, y aun estaríamos dispuestos a afirmar que el plan de la 'Creación' no incluye el propósito de que el hombre sea 'feliz'.

*“Lo que en el sentido más estricto se llama **felicidad**, surge de la satisfacción, casi siempre instantánea, de necesidades acumuladas que han alcanzado elevada tensión, y de acuerdo con esta índole sólo puede darse como fenómeno episódico. Toda persistencia de una situación anhelada por el principio del placer sólo proporciona una sensación de tibio bienestar, pues nuestra disposición no nos permite gozar intensamente sino del contraste, pero sólo en muy escasa medida de lo estable. (Goethe aun llega a advertirnos: “**Nada es más difícil de soportar que una serie de días hermosos.**” Pero bien podría ser que exagerara. [(*)] De modo, pues, que nuestras facultades de felicidad están ya limitadas, en principio, por nuestra propia constitución. En cambio, nos es mucho menos difícil experimentar la desgracia. [...] No nos asombre, pues, que el ser humano ya se considere feliz por el simple hecho de haber escapado de la desgracia y de haber sobrevivido al sufrimiento, y que, en general, la finalidad de evitar el sufrimiento relegue a segundo plano la consecución del placer.”*

(*) Esta curiosa insoportabilidad de la hermosura se echa de ver también en una anécdota de Vladímir Illich Uliánov, llamado Lenin.

Dícese (y según parece, fundadamente) que Lenin sintió verdadero amor por Inés Armand, francesa educada en Rusia, gran pianista y militante segura. Cuando Inés tocaba la *Appassionata*, de Beethoven, Lenin la escuchaba, todo él muy concentrado, con un gato sobre las rodillas y la cabeza gacha, hasta que de pronto la levantaba, diciendo exclamativo: “*¡Es demasiado hermoso, no debería permitirse, enternece!*”

(Cf. Dominique Desanti, “La historia, los secretos y el fin de la Internacional Comunista”. *Nuevo Planeta*, 1970, Julio-Agosto, N° 4, 146.)

(Sigmund Freud, *Obras Completas*. Tomo III. Revisión, traducción y prólogo de Ramón Rey Ardid. Madrid, Biblioteca Nueva, 1968, 10-11.)

Nietzsche y la felicidad

Dice Nietzsche lo siguiente a Peter Gast, en una carta del 20 de agosto de 1880:

“En una ocasión, en el bosque, una persona que se cruzó en mi camino me fijó la mirada, penetrantemente. En ese instante sentí que mi rostro debía tener la expresión de una radiante felicidad y que debía haber paseado con aquella expresión durante unas dos horas.”

(Friedrich Nietzsche, *Correspondencia*. Selección y traducción de Eduardo Subirats. Barcelona, Editorial Labor, S.A., 1974, 84.)

Macera y la felicidad

“Leyendo a Ribeyro he comprendido esos años —por 1950-1960— y la razón de nuestros fracasos: nosotros creíamos no tener derecho a ser felices. Por mi parte, lo evito. Cuando algo empieza a salir demasiado bien, sospecho. Me voy a convertir en una de esas pequeñas fieras cobardes y tan crueles que son los hombres de éxito. Por esa razón no soy lo que antes quise ser. Ni haré lo que hoy deseo.”

(Pablo Macera, *Las Furias y las Penas*. Lima, Mosca Azul, 1983, 17.)

“En esta sociedad, la conciencia consiste en sentirse mal. La salud es una forma de adaptación incorrecta. Quien se siente feliz en el Perú es un miserable. Definitivamente. Ni siquiera un tonto...” (Macera, o.c., 133.)

Barrionuevo y la felicidad

“En la Plaza de Armas, después de un paseo por Oropesa, Andahuaylillas y Huaro, cuando pude caminar a mi antojo, me inundó un sentimiento de felicidad durante una hora. Es difícil interpretar algo así. Después me dio miedo haber tenido esa sensación de júbilos ocultos, libre de preocupaciones materiales, como si fuera sólo un espíritu y me hubiera separado de mi cuerpo y no lo sintiera. Hasta ahora no me lo puedo explicar, aunque sé que lo viví.”

(Alfonsina Barrionuevo, *Poder en los Andes. La fuerza de los Cerros*. Qosqo, Perú, año 2000, 182.)

Eckermann y la felicidad

(Johann Peter Eckermann, *Conversaciones con Goethe*. Estudio preliminar y traducción por Francisco Ayala. Segunda edición. México, W. M. Jackson, Inc., 1966, 584 pp.)

“He llegado aquí [a Weimar] hace unos días; hoy estuve con Goethe por vez primera. Me hizo un recibimiento cordial, y su persona me produjo tal impresión, que cuento este día entre los más felices de mi vida.” (10 Junio 1823) (25)

“Estuvimos sentados largo rato, conversando tranquila y afectuosamente. Tocaba su rodilla; por mirarle perdía el hilo de la conversación, y no me cansaba de contemplarle. Su rostro era fuerte y moreno, con muchas arrugas, llenas todas de expresión. ¡Todo él respiraba solidez y entereza, grandeza y serenidad! Hablaba lentamente y sin esfuerzo, tal como uno piensa que hablaría un anciano monarca. Se ve que descansa en sí mismo y que está por encima de censuras y alabanzas. A su lado era indescriptiblemente dichoso; sentía la sensación de aquietamiento de aquel que, tras muchos

esfuerzos y prolongada espera, ve al cabo satisfechas sus ansias más queridas.” (10 Junio 1823) (26-27)

“Goethe estaba de muy buen humor, y yo me sentía dichoso oyéndole hablar una vez más de cosas tan importantes.” (1 Febrero 1827) (193-194)

“Hoy me sentía particularmente dichoso. Bendecía mi destino, que tras muchas vueltas caprichosas, me había hecho uno de los pocos que disfrutaban del trato y de la confianza íntimos de un hombre cuya grandeza se me había mostrado todavía hacía pocos instantes del modo más vivo, y a quien ahora tenía ante los ojos en toda su amabilidad.” (11 Octubre 1828) (240)

Flaubert y la felicidad

(Gustave Flaubert, *Cartas a Louise Colet*. Traducción, prólogo y notas de Ignacio Malaxecheverría. Madrid, Ediciones Siruela, 1989.)

“Cada alegría hay que pagarla con un dolor, ¡qué digo, con uno? ¡con mil! Así pues, hago bien en no buscarlas demasiado. La felicidad es un placer que te arruina.” (12 Septiembre 1846) (62)

“A menudo he gozado con la felicidad de los demás; afligirme por ella, nunca.” (20 Septiembre 1846) (72)

“La felicidad es un usurero que, por un cuarto de hora que te presta, te hace pagar todo un cargamento de desgracias.” (16 Octubre 1846) (96)

“Cuando se busca el placer, se encuentra. Pero la felicidad es un usurero que hace pagar ciento por diez, [...]” (20 Diciembre 1846) (112)

“¡Pero estoy tan cansado, tan aburrido, tan radicalmente impotente para hacer feliz a nadie!” (7 Noviembre 1847) (150)

“La felicidad es como la sífilis: si se contrae demasiado joven, puede estropear completamente el temperamento.”

“Hemos de persuadirnos de que la felicidad es un mito inventado por el diablo para desesperarnos.” (18 Diciembre 1853) (347)

Heine y la felicidad

“Tengo la disposición más apacible que se pueda imaginar—confiesa el poeta Heinrich Heine—. Mis deseos son: una modesta choza, un techo de paja; pero buena cama, buena mesa, manteca y leche bien frescas, unas flores delante de la ventana, unos árboles hermosos frente a la puerta, y si el buen Dios quiere hacerme completamente feliz, me concederá la alegría de ver colgados de esos árboles a unos seis o siete de mis enemigos. Con el corazón enternecido les perdonaré antes de su muerte todas las iniquidades que me hicieron sufrir en vida.”

(Citado por Sigmund Freud, *Obras Completas*, III, 37, nota 1.)

Nervo y la felicidad

“Pasó una muchacha rubia, me miró; y cuando menos durante dos horas, ya en mi lecho, con aquella mirada tracé un sueño muy bello, muy noble, que me llenó de una santa alegría interior. Toda una novela intensa que nadie leerá nunca... Y ella no sabe, no puede adivinar el bien que me hizo. Pasó, me miró apenas. No pensó más en mí. Y, sin embargo, me hizo feliz dos horas... Pero, en suma, ¿sabe el Sol, saben la Luna

*y las estrellas y el mar y la montaña, el bien que nos hacen?
¡Detrás de ellos se esconde la sonrisa de Dios!”*

(Amado Nervo, *El Arquero Divino*. Buenos Aires, Biblioteca “Las Grandes Obras”, [s.a. (circa 1940)], 104.)

El matrimonio y la felicidad

“Nunca el objeto de un matrimonio sano ha sido la felicidad del hombre ni la felicidad de la mujer. Y es inútil que ellos se esfuercen en ser felices. Pierden el tiempo. Basta que intenten ser compatibles. Acaso, si algún día se generaliza la compatibilidad, la felicidad sería una de sus consecuencias. Pero mientras la compatibilidad no exista como ley general, de nada sirve hablar de felicidad.

“El matrimonio, desde el punto de vista de la felicidad, nunca ha sido un ideal. Aquellos cuyo ideal es ser felices, mejor que no se casen. Esto no quiere decir que sean más felices solteros; pero al menos la soltería les dejará muchos ratos para soñar en la felicidad no conseguida. Y el matrimonio, no.”

(Noel Clarasó, *La Guerra de los Sexos*. Barcelona, Ediciones Zeus, 1960, 197-198.)

Humboldt y la felicidad

El historiador y político chileno Benjamín Vicuña Mackenna conoció personalmente a Humboldt, cuando el gran naturalista alemán, cargado de años, se había convertido en un viejecito medio malhumorado y quejoso. Al despedirse de Vicuña Mackenna, Humboldt le dijo:

“¡Ah!, señor, os puedo asegurar que cuando uno ha vivido ochenta y cinco años, ya no es posible creer que la vida sea una felicidad.”

Vicuña Mackenna comenta estas palabras de Humboldt de la siguiente manera:

“Si una vida llena de tanta grandeza y de tanta gloria no se cree feliz, ¿qué es entonces la gloria, dónde está la felicidad?”

(Estuardo Núñez, “Amigos y discípulos sudamericanos de Alejandro de Humboldt”. *Humboldt*, 1988, 29:94, 32.)

Marina y la felicidad

“El placer está pegado al deseo y al cuerpo. La felicidad se amplía a todos los sistemas vitales del sujeto: el corporal, el social, el personal.

“Una cosa característica de la felicidad es que no se puede buscar directamente. Desde Aristóteles se sabe que consiste en la realización plena de una actividad: crear, amar, jugar, ver a Dios.

“En cada uno de los sistemas vitales y en sus operaciones, principalmente relacionadas con el cuerpo, las metas y valores sociales y las metas personales, puede darse una felicidad, que será parcial mientras no integre de una manera suficientemente satisfactoria los tres vectores. Es muy probable que el orden social sea el más determinante en el sentimiento de felicidad, porque proporciona los valores superiores que, en último término, van a permitir la integración de los demás.

“Pero ¿cuáles son los ingredientes sentimentales de la experiencia feliz? Según los testimonios que he podido recoger, serían los siguientes:

*“**Un sentimiento de seguridad**, que libra de miedos y capacita para disfrutar.*

*“**Un sentimiento de plenitud.***

*“**Pleno** es lo que está lleno o completo de todo. Ortega lo relacionaba con una palabra curiosa: **ocupación**. Hay ocupaciones **felicitarias**.*

*“¿Qué es lo que se ha llenado cuando hablamos de la **felicidad** como **plenitud**? Lo más sencillo es decir que ha sido el **deseo**. Y este sentido tienen en etología los comportamientos consumatorios, entre los que se encuentran los placeres. Pero si tomamos esta acepción, no podríamos hablar de plenitud, sino de plenitudes, porque los deseos son muchos, sucesivos y, en ocasiones, contradictorios. Sin embargo, al hablar de la felicidad hablamos de plenitud en singular. ‘¿Qué es lo que constituye la excelencia de la vida?’, escribe Séneca. ‘Su plenitud.’”*

“Hay otra acepción de plenitud más interesante, a la que se refirió también Ortega:

“ ‘Cuando pedimos a la existencia cuentas claras de su sentido, no hacemos sino exigirle que nos presente alguna cosa capaz de absorber nuestra actividad. Si notásemos que algo en el mundo bastaba a henchir el volumen de nuestra energía vital, nos sentiríamos felices y el universo nos parecería justificado. ¿Quién, que se halle totalmente absorbido por una ocupación, se siente infeliz? Este sentimiento no aparece sino cuando una parte de nuestro espíritu está desocupada, inactiva, cesante. La melancolía, la tristeza, el descontento son inconcebibles cuando nuestro ser íntimo está operando.’

“Esto tiene que ver con otras cosas que he descubierto en mi recorrido. El amor, por ejemplo, es una actividad. Es diligencia, cuidado, atención. La concentración de la atención se da en el enamoramiento, en el juego, en la diversión, en el placer. Pero cuanto mejor puedan integrarse los distintos órdenes –corporal, personal, social–, tanto más completa será la plenitud. El ser humano necesita placer y dar sentido al placer.

*“La **alegría** es casi un sinónimo de la **felicidad**. Es la conciencia de estar alcanzando nuestras metas; por eso su anchura, largura y profundidad dependerán de las metas conseguidas. Sartre pensaba dedicar una parte de su ética a la alegría, que definía como conciencia de la libertad creadora. También Bergson consideraba que la alegría siempre va unida a la creación. Lo que todos los creadores buscan, sean artistas o poetas de la vida cotidiana, es ‘la ampliación de la personalidad por un esfuerzo que saca mucho de poco, algo de nada y añade sin cesar algo nuevo a lo que había de riqueza en el mundo’. En una palabra, lo que produce alegría es **la creation de soi par soi**.*

*“Esto enlaza con otro rasgo constante, desde Spinoza a los ilongot: **el sentimiento del propio poder**. Erich Fromm, spinoziano convencido, lo explica así: ‘La felicidad es indicadora de que el hombre ha encontrado la respuesta adecuada al problema de la existencia humana: la realización creadora de sus potencialidades. Gastar energía creadoramente: lo contrario de la felicidad no es el dolor, sino la depresión.’ Este **sentimiento de la propia eficacia** es uno de los componentes de la autoestima, que forma parte del sentimiento de felicidad.”*

(José Antonio Marina y Marisa López Penas, *Diccionario de los Sentimientos*. Tercera edición en “Compactos”. Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, 300-302.)

Felicidad celestial

“*Ese cuento de hadas de una sesión de té eterna.*” (Robert Louis Stevenson) (Citado por Corliss Lamont, *La Ilusión de la Inmortalidad*. Buenos Aires, Editorial Claridad, S. A., 1957, 222.)

Exceso de felicidad

“*Amigo mío, soy demasiado feliz; mi felicidad me aburre.*” (La protagonista Julia, de la novela epistolar de Jean-Jacques Rousseau, *La Nueva Eloísa*.) (Citado por Flora Tristán, *Ensayos Escogidos*. Prólogo y selección de Estuardo Núñez. Lima, Ediciones Peisa, 1974, 109.)

La felicidad no sólo puede aburrir, sino también suspender temporalmente la creatividad del creador. Tal el caso de Franz Kafka.

“*Si llego a sentirme feliz por algo no relacionado con la escritura –dice Kafka–, entonces no soy capaz de escribir ni siquiera una sola palabra.*” (Cf. Grupo Editorial Océano, *Grandes Personajes*. Barcelona, Océano Grupo Editorial, S.A., 2000, s.v. “Franz Kafka”.)

Balzac y la felicidad

“*Cuando yo sea feliz, quizá se me haga justicia; pero será demasiado tarde, porque yo no seré feliz sino muerto.*” (Carta de Honorato de Balzac fechada en París en 1829 y citada en el libro de Emilio Zola, *Los Novelistas Naturalistas*. Madrid, La España Moderna, [s.a. (circa 1910)], I, 24.)

Hidalgo y la felicidad

“Ahora soy fecundo como un milagro y me siento feliz como al día siguiente de la muerte.”

(Palabras finales del libelo de Alberto Hidalgo, *Sánchez Cerro o el Excremento*, publicado en Buenos Aires en 1932.)

La felicidad de la desesperación

“Quiero fijar momentáneamente la consideración –escribe Genet–, y fijarla muy bien, en la felicidad de la desesperación; quiero decir, cuando uno se halla de pronto solo frente a la propia pérdida súbita, cuando uno asiste a la destrucción irremediable de la propia obra y de uno mismo.

“Cuando Hitler estaba solo en los sótanos de su refugio, en los últimos minutos de la derrota de Alemania, conoció seguramente ese instante de pura luz –lucidez frágil y sólida–, que es la conciencia de su caída.”

(Jean Genet, *Diario del Ladrón*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1983, 180.)

Cuando somos felices no podemos dormir (tampoco cuando odiamos)

Tanto la felicidad o la dicha cuanto el odio o la cólera, impiden conciliar el sueño. Véase sobre el particular el siguiente texto casanovístico:

“Pasé una noche cruel, como debía esperarlo; porque la cólera, madre del deseo de venganza, me ha privado siempre del sueño, y lo mismo la noticia de alguna dicha inesperada.”

(Jacobo Casanova, *Memorias*. México, Compañía General de Ediciones, 1967, II, 134.)

“Anoche no he dormido. ¡Me la he pasado odiando!”
Confesión del Príncipe Otto von Bismarck, citada por Emil Ludwig en sus *Conversaciones con Mussolini*; Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1933, 126-127.

Savater y la felicidad

“¿Puede definirse la alegría? Spinoza lo intentó dentro de su peculiar estilo geométrico, caracterizándola como ‘una pasión por la que el alma pasa a una mayor perfección’, dado que aumenta o favorece nuestra capacidad de obrar, lo cual quiere decir que nos ayuda a ser mejores, tal como nos corresponde. Quizá sea una definición demasiado operativa, demasiado sistemáticamente ‘funcional’.

*“Yo prefiero destacar en la alegría ante todo su disposición incondicionalmente afirmativa: es un asentimiento más o menos intenso a nuestro asentamiento o implantación en eso que llamamos vida o mundo. Y, como digo, incondicional: la alegría tiene pretextos, estímulos, lubricantes, anestias, **cortocircuitos...**, pero nunca causas suficientes ni requisitos imprescriptibles. Nada en la vida es causa necesaria de alegría para nadie; nada en la vida ni en la muerte es obstáculo definitivo para la alegría. Como dice el proverbio chino, ningún hombre puede impedir que el pájaro oscuro de la tristeza vuele sobre su cabeza, pero lo que sí puede impedir es que anide en su cabellera.*

*“Sobreañadido al hecho mismo de vivir, de poder seguir funcionando, lo cual puede hacerse sin conciencia reflexiva, lo más que podemos obtener de la existencia es precisamente eso: **ganas de decir sí.***

“Si entendemos un poco la entraña del deseo humano, nunca cambiaremos la alegría por ningún otro don o conquista, pues cuanto apetece o arrebatamos no nos motiva más que a fin de conseguir una experiencia de asentimiento a la vida. Lo que Fausto decía anhelar, el ‘detente, momento, eres tan hermoso!’, puede traducirse: ‘ahora, sí’.

*“Esa experiencia de asentimiento está ligada a la **felicidad** y al **placer**, otras dos de sus advocaciones. Poniéndonos taxonómicos, señalaremos que la **felicidad** es el **estado** de afirmación vital, el **placer** es la **sensación** de esa afirmación y la **alegría** el **sentimiento** de la afirmación.*

“Si quisiéramos establecer una cierta jerarquía entre las tres variantes —no para preferir una a las otras, sino para hacer hincapié teórico en una sobre las otras—, deberemos considerar varios criterios.

*“La **felicidad** es sin duda la de mayor ambición; tanta, que la propia vastedad de su demanda nos hace dudar y quizá retroceder. Suponerse feliz es afirmar una intensidad positiva suprema, estable e invulnerable (no hay felicidad en el desasosiego de perderla). Por eso el momento de la felicidad es el pasado, donde ya nada ni nadie nos la puede quitar; o el futuro, cuando aún nadie ni nada la amenaza; el presente, en cambio, está demasiado expuesto a lo eventual como para convertirse en sede de algo tan magnífico. Cualquiera es capaz de señalar con suprema convicción que **fue** feliz; muchos afirman con intrepidez candorosa que **esperan** serlo; pero muy pocos se atreven a decir que ya, ahora mismo, **lo son**.*

*“Tanto la **felicidad** como el **placer**, cuando se incorporan al discurso teórico, son asuntos graves y su reivindicación, por amable que sea, admite en el fondo pocas bromas. Hay eudemonistas, hay hedonistas..., pero la **alegría**, bendita sea,*

*carece de iglesia, tanto como de escuela. No es cosa grave, sino ligera, tal como señaló Ortega: ‘La palabra **alegría** viene acaso de **aligerar**, que es hacer perder peso.’ Estar alegre, querer estarlo por encima de todo lo demás —arriba, arriba...— es siempre una **ligereza**. Pierde su gravedad lo real sin dejar de serlo y ya no nos aplasta sino que nos impulsa, pese al abismo sin fondo sobre el que danzamos. Por lo demás, la **alegría** es cosa del presente, puesto que a nadie le impide sentirse alegre saber que dentro de un instante puede dejar de estarlo; pero también se nutre de la aceptación agridulce del pasado y del desafío euforizante al riesgo venidero.*

*“Los hombres pueden lograr vivir en unas u otras condiciones y cabe la preferencia jubilosa por unas formas frente a otras; pero la realidad en cuanto tal es siempre igualmente trágica, en las cavernas prehistóricas, el día de hoy y cuando el último sol que pueda alumbrarnos anochezca para siempre. La **alegría** asume esta visión trágica y obra no contra ella sino a partir de ella; por eso me parece más realista que la felicidad y más profunda que el **placer**. En cualquier caso, sea como fuere que las jerarquicemos, conviene no olvidar que **felicidad**, **placer** y **alegría** son cómplices y, aún más, son variables de un mismo asentimiento.”*

(Fernando Savater, *Diccionario Filosófico*. Barcelona, Editorial Planeta, S. A., 1997, s.v. “Alegría”.)

Ataraxia y felicidad

“Todo el pensamiento de los griegos —dice Marías— está cruzado por una quejumbre: el hombre, para ser feliz, tiene que ser dueño de sí mismo. ¿Es que no lo es? Y si no lo es, ¿por qué y de qué manera? ¿Qué es lo que, de un modo o de otro, lo priva de sí mismo? De los griegos, el tema ha pasado

*a todo el pensamiento occidental. (Y, probablemente, si se mira con ojos orientales, el Occidente entero aparece como la cultura que **olvida** esa situación y, por tanto, no pone los remedios; aquella en que el hombre, ocupado en ejercer su dominio sobre las cosas, no es nunca o casi nunca dueño de sí propio.)*

“Suficiencia, independencia, libertad, serenidad, imperturbabilidad: tales parecen ser los ideales helénicos, sobre todo a medida que va pasando el tiempo, va acumulando experiencias, fracasos y desengaños, se va sintiendo inquieto y desconfiado, de vuelta de muchas cosas, y se repliega sobre sí mismo.

*“Unos y otros filósofos, escuelas muy distintas y aun opuestas, parecen estar de acuerdo en que la felicidad se presenta con ese mismo rostro: el del hombre que no se deja llevar ni arrebatar por nada, que ha alcanzado la imperturbabilidad, la **ataraxía**. [(*)]*

“[...]

*“Los sentidos más antiguos y originarios de la **ataraxía** remiten a otros conceptos, funcionan en lo que Ortega llamaría ‘campos pragmáticos’. Probablemente, el texto filosófico más antiguo en que aparece es una doxografía de Demócrito (hacia 460-370 antes de C.), conservada en Estobeo. Platón y Demócrito, refiere Estobeo, ponen la felicidad en el alma; y Demócrito llama también **euthymía** (buen temple, ánimo, confianza) a la felicidad (**eudaimonía**) y **euestó** (bienestar, prosperidad) y **harmonía** (buen temperamento)*

(*) Marías conserva la acentuación etimológica, pero la Academia sólo admite en su Diccionario la no-etimológica, aunque en otros casos admite las dos; verbigracia, *hemiplejía* y *hemiplejía*, *paraplejía* y *paraplejía*, *tetraplejía* y *tetraplejía*.

Ataraxia está en el DRAE desde 1970, o sea desde la decimonovena edición del lexicón oficial.

y *symmetría* (proporción, equilibrio) y *ataraxía*; consiste en la distinción y discernimiento de los placeres, y esto es lo más hermoso y lo más conveniente para los hombres’.

“Aquí tenemos un contexto enteramente positivo y activo de la *ataraxía*. El buen temple, la alegría y el contento, la jovialidad, el equilibrio armonioso. No se trata de ninguna abstención, de ninguna suspensión del juicio o de la actividad, sino de la distinción (*diorismos*) y el discernimiento (*diákrisis*) entre los placeres. No se trata de *aguantar* pasivamente o de desinteresarse con indiferencia, sino de considerar la situación en que se encuentra uno y las cosas en ella con mirada alerta, para discernir, distinguir y hallar la prosperidad y el bienestar. En su interpretación de la *ataraxía* es Demócrito, en efecto, el risueño filósofo de la tradición.

“Si dejamos de lado un testimonio pitagórico en que se empareja la *ataraxía* con la pureza (*atáraktoi te kai katharoi*), y un pasaje aristotélico de las *Historias de los Animales*, de interés secundario, encontramos una confirmación del punto de vista positivo en la *Ética a Nicómaco*, de Aristóteles. En el libro IV, a propósito de la apacibilidad o *praiótes*, aparece la *ataraxía* en un contexto de equilibrio y moderación: el hombre apacible quiere ser *atárakhos*, es decir, vivir libre de alteraciones o de perturbaciones, y no dejarse llevar por las pasiones más que en la medida y durante el tiempo que la razón manda. Es decir, la *ataraxía* consiste en un término medio (*mesótes*), y no, en modo alguno, en la falta de reacción, impasibilidad o ausencia de indignación y coraje, que es expresamente censurada. No es, pues, la falta de emoción, sino su medida. El *atárakhos* siente indignación, enojo o cólera, pero es dueño de ellos, los refrena y domina, no *se altera*.

“No es éste, sin embargo, el más interesante de los textos en que Aristóteles se ocupa de la **ataraxía**; en el libro III aparece referida expresamente a la valentía o fortaleza (**andreía**); el hombre valiente (**andreîos**) es el que en los peligros (**phoberá**) se mantiene **atárakhos** y se porta como es debido (**hos dei**). Aquí, pues, la **ataraxía** no es **apatía**, no es propiamente imperturbabilidad en el sentido negativo de la palabra, sino más bien impavidez. Se trata de conservar la calma en el peligro, de afrontarlo sin alterarse. Tanto es así, que un poco antes Aristóteles empareja los adjetivos **áphobon kai atárakhon**, sin miedo ni inquietud, animoso y sereno, y por ello insiste en que es más valiente el que se mantiene así, impávido e imperturbable, en los peligros súbitos e imprevistos (en **toîs aiphnidíois phóbois**), que el que lo es en los ya conocidos y manifiestos (en **toîs prodélois**); pues entonces la valentía procede más de hábitos que de preparación.

“Con otras palabras, la **ataraxía** consiste en un estado de **alerta**, que es serenidad y clarividencia **en orden a la acción**. El valor en los peligros, y sobre todo en los peligros súbitos, inesperados e imprevistos, es una actitud hecha de serenidad, de calma perspicaz, que permite obrar con prontitud y acierto, aun sin una preparación previa. La voz **alerta**, tan expresiva, traduce inmejorablemente esta disposición. Con la interjección **all’erta** (de **erta**, subida), se invitaba a los soldados a ‘levantarse y ponerse en guardia en caso de ataque’. Adviértase la enorme semántica entre la abstención o suspensión de los escépticos, la **apatía**, la ausencia de perturbación y dolor de los epicúreos, y este sereno y tenso estado de alerta frente a todo peligro inesperado.

“A pesar de ello, la fortuna —la mala fortuna, diríamos— de la idea de **ataraxía** ha subrayado casi siempre su lado negativo. Clara conciencia tiene de ello Montaigne, siempre

*tan perspicaz. ‘Los pirronianos —escribe—, cuando dicen que el bien supremo es la **ataraxia**, que es la inmovilidad del juicio, no pretenden comunicarnos esto afirmativamente, sino que el mismo movimiento de su alma que les hace huir de los precipicios y ponerse a cubierto del sereno, es el mismo que les presenta esta fantasía y les hace rechazar otras.’ [(*)]*

*“La forma afirmativa de la **ataraxia** aparecería más bien en su clásica versión española: el **sosiego**. Hace unos años, en un artículo titulado ‘Los nombres de la angustia’, me ocupé brevemente de los diferentes modos de entenderla e interpretarla, según se reflejan en las diversas denominaciones que ha recibido: angustia, congoja, tribulación, ansiedad, zozobra, desazón, desasosiego (y, naturalmente, las palabras opuestas, cuando las hay). Agrupaba yo estos nombres en tres distintos núcleos significativos. En el primero domina la vivencia de **estrechez**: angustia como angostura, y de ahí opresión o falta de aire, ahogo; congoja como compresión; tribulación como la opresión ejercida activamente por algo o alguien, y padecida por el atribulado; ansiedad como la angustia permanente o duradera. En la zozobra —**sub-supra**— no hay estrechez, sino inestabilidad, fluctuación, oscilación arriba y abajo, inseguridad, incertidumbre, discordia, peligro de naufragio. Los últimos nombres, finalmente, son palabras negativas, privativas: **de**-sazón, **des**-asosiego: falta de sazón, inoportunidad, destiempo o contratiempo. ¿Y el des-asosiego?”*

*“**Desasosiego** —decía yo— es privación o falta de **sosiego**; pero **sosiego** viene del verbo **sosegar**; parece, pues, que para tener **sosiego** hay que **sosegar**, que en el **sosiego** no se*

(*) Como Marías cita este pasaje en francés, lo traduje basándome en las versiones de Constantino Román y Salamero (*Ensayos*, I, 513) y Juan G. de Luaces (*Ensayos*, II, 284).

*está ya, que no es regalado. Y **sosegar** —de la misma raíz que **sentarse**— es calmar, dar asiento, firmeza, seguridad, serenidad. El **desasosiego** es la pérdida del **sosiego**, del asiento y la calma que el hombre había conseguido, que se había procurado al **sosegarse**.’*

“[...]

*“El hombre, aun en las situaciones más apretadas, es capaz de retraerse a sí mismo y **sosegarse**, acaso mediante un enérgico esfuerzo. Es siempre algo que el hombre hace, que tiene que lograr, pero cuando lo consigue no ha llegado a otra cosa, sino a sí mismo. El **sosiego** es la autenticidad conquistada desde la alteración o el enajenamiento.*

“[...]

*“Esta calma activa, esta **ataraxía** positiva, jovial y alerta, tiene su mito: el mito del alción. El alción o alcedón, una de las más bellas aves acuáticas, de fuerte y agudo pico, cola corta, brillantes colores, verdiazul en lo alto, blanco y castaño en el pecho. El alción, martín pescador, **kingfisher**, **Eisvogel**, venerado en las islas del Pacífico, tema de leyendas medievales, ave mítica y mitológica. En la Edad Media se pensaba que había adquirido sus brillantes plumajes —antes era un vulgar pájaro gris— al volar hacia el Sol cuando salió el arca de Noé: tomó por arriba los matices del cielo, se chamuscó por debajo el plumaje con el color del Sol poniente. Colgado del techo, su pico, como una veleta, apuntaba al cuadrante de donde soplabla el viento.*

“Pero el mito más significativo es el mito clásico, que cuentan Apolonio Rodio, Higino, Ovidio, y que aparecía ya en Simónides y recogía Aristóteles. Alcyone, hija de Eolo, y su esposo Ceyx, por haberse llamado a sí mismos Zeus y Hera, fueron convertidos en alciones. Según otra variante, Ceyx se ahogó, y Alcyone encontró su cuerpo, arrojado por el mar a la orilla; los dioses, movidos a compasión, los

*convirtieron a ambos en alciones. Y—éste es el núcleo más significativo del mito— por mandato de Zeus o de Eolo, los vientos cesaban de soplar en los siete días anteriores y siete posteriores al solsticio de invierno, para que los alciones pudieran hacer sus nidos, sin que la tempestad arrastrara sus huevos. Eran los que se llamaban ‘días alciónicos’, **alkyonídes hemérai**.*

*“En medio del invierno, sazón de tormentas y tempestades, en el tiempo más crudo, los vientos cesan de soplar y **se hace la calma**. En la quietud, sobre las olas quietas, sosegadas, que volverán a agitarse, vuela el alción, se afana, construye diestramente su nido, pone sus huevos, para que siga la vida a pesar de todas las tormentas.*

“En este mito del alción, que podría ser el animal totémico de nuestro mundo, me parece ver la culminación de la interpretación activa, lúcida y humana del sosiego.”

(Julián Marías, *El Oficio del Pensamiento*. Madrid, Editorial Espasa-Calpe, S.A., 1968, [27]-42: “Ataraxía y alcionismo.”)

El gozo se fue al pozo

Del “Coloquio en Madrid con Julio Cortázar”, que firma Miguel Cabrera y que se publicó en *La Estafeta Literaria*, entresaco las siguientes manifestaciones del famoso autor de *Rayuela*:

“Es mentira que nosotros estemos en la historia, estamos en la prehistoria. El hombre está todavía viviendo una especie de edad de las cavernas, a pesar de la gran tecnología y los cohetes a la Luna.

“Porque, en primer lugar, no sabe bien quién es él mismo, no ha encontrado todavía el término de esa larga exploración de la filosofía, la poesía y la literatura en su conjunto; y

además está muy lejos de haberse liberado de todo lo que lo condiciona, de todo lo que le quita la alegría.

“Nuestras alegrías son artificiales, son individuales, y, sobre todo, son momentáneas. Pero la alegría no es solamente la carcajada. La alegría, tal como yo la veo, es la condición humana en la que el contexto exterior y el interior están finalmente en armonía y permiten entonces que un hombre se sienta realmente en su propio destino, en su identidad. Esto no es un juego, no es lúdico, pero sin embargo toma parte del mundo lúdico, porque el hombre nació para jugar, nació para reír.

“En materia erótica estamos también en la prehistoria. Hemos dado algunos pasos adelante; pero aún queda mucho camino para avanzar.”

En un mundo así, que no ríe y que no sabe gozar, ni puede gozar, ni quiere gozar, ni deja gozar, y donde escasean los seres verdaderamente humanos, al paso que pululan los humanoides; en este planeta que padece del mal gravísimo de la *querofobia*, porque efectivamente los impotentes y las frías de la Tierra sienten un disgusto morboso de la alegría de los demás (que son los menos); en este *orbis terrarum* donde es fuerza entristecerse después del coito, según reza el adagio (considerable asnada); aquí, pues, en la situación dicha, nos explicamos perfectamente —digo, los que pensamos— el sentir del gran crítico argentino de arte, Jorge Romero Brest, que en su artículo “El arte, las vanguardias y las masas”, confiesa lo que a continuación transcribo:

“Mi gran rabia, mi desconcierto, proviene de que no gozo más. Porque no tengo ganas de gozar con el ayer y ésa es la única posibilidad que me queda. Pero es un goce viejo. Quiero uno nuevo, quiero gozar con la masa. Y resulta que

voy a las exposiciones, integro jurados, voy a Europa y los Estados Unidos, y no gozo nada.

*“Un día escribí un artículo para una revista y un titulero muy sagaz, cuyo nombre ignoré siempre y al que nunca más vi, eligió el título de mi nota; ésta trataba de ese estado de desconcierto ante la carencia del arte. El título fue: **El gozo se fue al pozo**. Me pareció toda una definición. Y lo es.”*

Compadecerse

Compadecerse es sentir lástima o pena por la desgracia o el sufrimiento ajeno. Nietzsche decía, y con razón, que es más fácil compartir las penas que las alegrías de los demás. Es más fácil porque el mundo es un *valle de lágrimas*, según reza la expresión proverbial. No podría ser un *valle de alegrías*, por las muchas penalidades que se pasan en él.

Bien dice Savater que la *insatisfacción* es la reacción humana más general y espontánea respecto a lo que en cada momento histórico constituye el presente de los hombres. De ahí que cualquier intento de elogiar el mundo resulta por lo común fuera de razón y regla y es patéticamente frágil y sobre todo frívolo.

La *realidad* carece de virtudes; es desalmada, o como dice Savater, no tiene *corazón*. Es cruel y despiadada; dolorosa cuando quita y tacaña cuando concede. Sentirse contento con una realidad así es llana imposibilidad.

Sin embargo, hay personas que han resuelto decir *¡sí!* a la vida y proclamar a los cuatro vientos su *alegría de vivir*. La suya no es una alegría accesoria y ocasional, sino entrañable, consubstancial y permanente. Lo cual resulta notorio y notable en un país como el nuestro, tan

deprimido y melancólico. Federico More decía que aquí, en el Perú, para llevar talento se necesita permiso, como para llevar armas. Y dígame lo propio de la alegría. Aquí, el talento y la alegría, y con cuanto mayor razón la felicidad y naturalmente el placer, causan recelo y rechazo. (*)

Y si bien hay quienes truecan ocasionalmente sus lágrimas por risas y contento, las más de las personas se limitan a evitar el sufrimiento y a tratar de alcanzar el *bienestar*. (**) Quizá alguna vez se complazcan de veras, pero desconocen esa intensificación vital –episódica y momentánea– que es la felicidad y que por lo general supone un mundo interior refinado y selecto. Y como los tenientes o tenedores de un mundo así escasean, la felicidad, consiguientemente, apenas asoma en el universo.

La capacidad de goce o de disfrute es como la capacidad, por ejemplo, de amar, o sea una capacidad desigualmente distribuida. En unos es mayor que en otros. Quienes la tienen considerable experimentarán en la vida complacencias más diversas e intensas; y los menos capaces disfrutarán desde luego menos; pero aquéllos y éstos sentirán que en

(*) El rechazo del placer es muy antiguo. Cicerón decía: “*Nihil esse tam detestabile tamque pestiferum quam voluptatem.*” Esto es: “No hay nada tan detestable ni funesto como el placer.”

La querofobia del ilustre orador romano era manifiesta. (La *querofobia* es el disgusto morboso de la alegría de los demás; del griego *chaírein*, alegrarse, y *phóbos*, aversión.)

En una cultura como la nuestra, ascética y querofóbica, tan percutida de represión y tan ignorante, y que además, por adorar lo cruento, es hematólática, y por amar apasionadamente la destrucción y la muerte, en tanatoerástica; en una cultura así, la consecución del placer, en todas sus formas, es difícilísima y la consecución de la felicidad es prácticamente imposible.

(**) Ya es bastante que nos sintamos de vez en cuando *eudemónicos*, como dirían los griegos, esto es, poseídos o animados por un buen demonio. (*Eudaimon*, en griego, es voz compuesta del prefijo *eu-*, bueno o bien, y *daimon*, demonio, voz interior, estado de ánimo.)

algún momento o en varios alcanzaron la felicidad. Sólo que el querer alcanzarla es afán propio de urbícolas. Los incivilizados de la ruralia y en general los llamados pueblos primitivos desconocen el propósito de ser felices. Tampoco saben lo que es el aburrimiento. No querer aburrirse y querer la felicidad son designios de urbícolas. El árabe del desierto y el nativo de la Melanesia ignoran esos afanes y ni siquiera podrían concebirlos.

Polícrates

El célebre historiador griego Heródoto cuenta la historia de Polícrates.

Polícrates era un tirano de Samos, isla griega del Mar Egeo que alcanzó gran prosperidad durante la tiranía de Polícrates, en el siglo VI a. C.

A Polícrates le sonrían la prosperidad y la fortuna. Toda acción suya —guerrera, política o personal— es coronada por el éxito y no hay en su vida la menor adversidad, ningún obstáculo, ningún tropiezo; la suya es una vida sin problemas ni dificultades; todo le sale bien a Polícrates, nada le sale mal; Polícrates es feliz y su vida naturalmente es felicitaria.

Sin embargo, un amigo de Polícrates, el Rey de Egipto, se inquieta por la excesiva buena suerte del tirano de Samos, pues la felicidad de Polícrates —¡tanta felicidad!— puede suscitar el enojo de los dioses. Además, el Rey de Egipto piensa que triunfar constantemente es un mal signo por cuanto desequilibra la relación del hombre con la divinidad; lo justo sería fracasar en algunas cosas y tener éxito en otras. La felicidad total es una forma de injusticia, es una desarmonía patente en el orden del universo, y además engendra *hybris*, y los dioses castigan siempre a la persona que

tiene *hybris*. El designio divino ha dispuesto que la felicidad no debe durar y que la *hybris* debe ser siempre castigada.

En 1964, leyendo la biografía de Hitler escrita por Alan Bullock, supe que el gran pecado del *Führer* había sido lo que los griegos llamaban *hybris*. (*)

Hibris significa orgullo desmedido o soberbia, altivez extremada o endiosamiento, arrogancia temeraria, envanecimiento, jactancia, petulancia, presunción y vanagloria. La persona sobrada o creída es *hibrística*, o sea vanidosa, orgullosa o muy pagada de sí misma.

Alberto Hidalgo, el gran poeta arequipeño, tenía la solencia de manifestarse *hibrísticamente*. Véase la ejemplificación siguiente de su *hibrísticidad*:

“Gracias [Perú] por haber esperado hasta que yo naciera para tener poeta.” (A. H., *Carta al Perú*, xxiv.)

Ser dichoso hasta las lágrimas

“¡Señores! Hoy es la primera vez que me doy cuenta de la presencia de la vida. ¡Señores! Ruego a ustedes dejarme libre un momento, para saborear esta emoción formidable, espontánea y reciente de la vida, que hoy, por la primera vez, me extasía y me hace dichoso hasta las lágrimas.”

(César Vallejo, “Hallazgo de la vida”. En: César Vallejo, *Poemas Completos*. Introducción, edición y notas de Ricardo González Vigil. Lima, PETROPERÚ, S.A., Departamento de Relaciones Públicas, Ediciones Copé, 1998, 287.)

(*) La castellanización de esta voz es *hibris* y el adjetivo correspondiente, *hibrístico*, *hibrística*; el adverbio es *hibrísticamente* y el sustantivo abstracto, *hibrísticidad*.

Consideraciones ataraxiales

Si consideramos –y me valgo en esta consideración de un triple distingo savateriano– que la felicidad es un estado, o sea un modo de ser o estar, o la situación en la que uno se encuentra; si consideramos, repito, que la felicidad es un estado, entonces el sentimiento correspondiente a ese estado es la alegría, y la sensación correspondiente es el placer.

Tanto la alegría cuanto el placer son expansivos; los expresamos generalmente con efusión. La alegría y el placer nos dilatan, nos ensanchan y expanden, nos levantan y elevan. La tristeza, al contrario, nos deprime, nos contrae, nos reduce. Me refiero, desde luego, a la tristeza propiamente dicha, al dolor y aflicción que verdaderamente lo sean. Digo esto porque cuando el dolor causa placer, entonces ya no es en realidad dolor. La tristeza romántica no era verdadera tristeza. El dolor del masoquista es placentero; en consecuencia, no es verdadero dolor.

Bien; pero retomemos el asunto de la felicidad. Es obvio que la alegría y el placer se relacionan íntimamente con la felicidad; incluso parecen constituirla. Y como la alegría y el placer son expansivos, nos alteran –positivamente, claro está–, nos desordenan. Por eso una persona feliz no puede conciliar fácilmente el sueño, se desvela; y lo mismo una persona que odia: tampoco puede dormir. Tanto la felicidad cuanto el odio nos desordenan, nos alteran. Recuerdo a este propósito lo que contaba Emil Ludwig del famoso estadista prusiano Otto Bismarck, que en cierta ocasión confesó no haber podido dormir toda la noche. Y cuando le preguntaron por qué, dijo: *“Es que toda la noche me la pasé odiando.”*

La capacidad de goce o de disfrute y en general la capacidad de alegrarse es una capacidad desigualmente distribuida. Ni más ni menos que la capacidad de amar. No todos la tienen igual. Y lo mismo ocurre con la capacidad de gozar o disfrutar y alegrarse.

Tanto la felicidad cuanto la infelicidad nos desequilibran, nos alteran, nos desordenan, nos perturban. Por eso algunos filósofos de la antigüedad –los epicúreos, por ejemplo– consideraron que la verdadera felicidad era la imperturbabilidad, vale decir, la *ataraxia* o *ataraxía*. (*)

El hombre feliz vendría a ser, pues, el que ha alcanzado la imperturbabilidad, la *ataraxia*. Y la ha alcanzado porque, en primer lugar y sobre todo, se conoce a sí mismo y sabe por eso contener sus pasiones, moderar sus impulsos y refrenar sus emociones.

Téngase presente, sin embargo, que la *ataraxia* no significa apatía ni dejadez; tampoco indolencia ni desidia; ni abandono, ni descuido. El hombre negligente y ocioso no podrá alcanzar jamás la felicidad.

La *ataraxia* significa, no una, sino varias cosas, a saber: impavidez o valor y serenidad de ánimo ante los peligros; moderación, sobriedad y sensatez; estado de alerta o situación de vigilancia o atención. (Esto último equivale al estado de alerta de un karateca.)

Deberemos estar, pues, muy atentos, pero además ser moderados y sensatos y así mismo impávidos, no

(*) La Academia sólo admite *ataraxia*, que es la forma no-etimológica de este vocablo de origen griego. La forma etimológica es *ataraxía*. En otros casos, la Academia admite las dos formas: *hemiplejía* y *hemiplejía*, *paraplejía* y *paraplejía*, *tetraplejía* y *tetraplejía*. En el caso de *apoplejía*, sólo admite esta forma, la etimológica, pero no admite *apoplejía*, a pesar de que esa *plejía* o *plejía* es la misma de los otros casos, esto es, un derivado del verbo griego *plessein*, golpear.

arredrarnos ante el peligro, no atemorizarnos; cuanto más si el peligro es imprevisto y súbito.

Según Julián Marías, la palabra que mejor traduce la voz ataraxia o ataraxía es *sosiego*. La consecución del sosiego es la consecución de la ataraxia o ataraxía. Hay, pues, una felicidad en la quietud, tranquilidad y serenidad; o dicho con un solo término, hay una felicidad en el sosiego, que como bien dice Marías es una calma activa, una ataraxía positiva, jovial y alerta.

Por todo lo antedicho, colegirán los lectores que en materia de felicidad no todo es expansivo y desnivelante; no; también hay una calma activa, como la de la *ataraxia* o *ataraxía*, que es igualmente felicitaria, y acaso más felicitaria.

Hudson y la felicidad

Pasaje del diálogo entre Jorge Luis Borges y Alfredo Barnechea:

AB: “–Le hacía esta pregunta sobre la felicidad porque recuerdo siempre su ensayo sobre Hudson, donde usted dice...”

JLB: “– Yo no recuerdo ese ensayo, usted va a tener que recordármelo.

AB: “–Hay esa frase en la que usted señala que Hudson ‘había emprendido muchas veces el estudio de la metafísica...’

JLB: “– Ah, sí, y ‘que siempre lo había interrumpido la felicidad’. Eso es admirable.

AB: “–Fantástico.

JLB: “– Sí, porque él dijo que había querido leer a Spinoza pero que la felicidad siempre estuvo interrumpiéndole. Qué envidia siente uno de un hombre así. Un hombre a quien lo estorbaba la felicidad.”

(Alfredo Barnechea, *Peregrinos de la Lengua. Confesiones de los grandes autores latinoamericanos*. Segunda edición. Madrid, Santillana, S.A., 1998, 22.)

(El escritor y naturalista William Henry Hudson nació en Buenos Aires en 1841 y murió en Londres en 1922. En 1900 se nacionalizó inglés.)

Tiberio y la felicidad

“Si quieres vivir feliz, entonces vive sin amo.”

(Tiberio, o más propiamente, Tiberius Julius Caesar Augustus, 42 a.C.-37 d.C.)

Cornejo y la felicidad

“La experiencia enseña que la felicidad—que es la esencia de la virtud—no está en el fin, sino en el camino; no está en el reposo, sino en la acción.”

(Mariano Hilario Cornejo Centeno.)

(Cf. Hugo Denegri Cornejo, *Mariano H. Cornejo, el Hombre y su Obra, en el Centenario de su Nacimiento*. Disertación en el Colegio de Abogados de Lima, con Anexos, 29 de octubre de 1966. [Lima, 1967,] 14.)

José Antonio del Busto y la felicidad

“Estas Memorias—escribe José Antonio—son el recuento de mi vida, una vida no valiosa, pero acaso de alguna utilidad.” (José Antonio del Busto, *Memorias de un Historiador*, 6.)

Discrepo del dicente y mi discrepancia es absoluta. La suya fue una vida valiosa y nos es muy útil conocerla.

Aún más: fue una existencia felicitaria, en primer lugar y ante todo, por lo fecunda. Recuérdese que *félix*, en latín, o sea feliz, significa *fecundo*. La fecundidad y la felicidad corren a las parejas, van juntamente, de consuno. *Fecundo* es el étimo de *félix*, vale decir, su verdadero significado, porque *étimo*, del griego *étymon*, significa precisamente eso: verdadero significado. (*)

José Antonio del Busto, a pesar de todos los pesares, fue feliz por haber sido fecundo, creativo y hacedor de bienes y utilidades. Veamos inmediatamente la declaración de su propia felicidad. Dice así:

“Una última confidencia: Ya sé que soy viejo, que tengo cáncer, que ese mal va a proseguir, que nunca hice fortuna, que cada día estoy más solo, que se me acerca el morir. Sin embargo, la confidencia es ésta: soy un viejo feliz.” (José Antonio del Busto, *Memorias*, 190a.)

Vargas Llosa y la felicidad

“Para mí, —confiesa Mario Vargas Llosa—, ninguna parte de mi vida en que fui feliz ha sido productiva literariamente. [...] Lo que ha sido fecundo, provechoso, han sido los malos ratos, las amarguras, las grandes decepciones, ciertas experiencias que están vinculadas al dolor, al fracaso, a la maldad. [...] Si en algún momento yo pasara a ser un hombre feliz —si es que eso es posible—, estoy seguro de que dejaría de escribir. Para mí, la felicidad y la literatura son incompatibles.”

(*) *“Cuidar, disfrutar, contemplar las palabras —dice Ivonne Bordelois—, significa también poder reconstruirlas en su infancia, seguir su proceso significativo y metafórico desde el comienzo, sus ancestrales orígenes. Este cuidar de lo etimológico nos remite a **étymon**, que significa, en griego, ‘lo cierto’; porque los griegos consideraban que ‘lo cierto’ de una palabra es su origen, el momento inaugural en que fue pronunciada por primera vez.”* (Ivonne Bordelois, *La Palabra Amenazada*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003, [43].)

(Mario Vargas Llosa, *Entrevistas Escogidas*. Selección, Prólogo y Notas de Jorge Coaguila. Lima, Fondo Editorial Cultura Peruana, 2004, 105.)

“La materia prima de la literatura no es la felicidad sino la infelicidad humana, y los escritores, como los buitres, se alimentan preferentemente de carroña.” (Mario Vargas Llosa, *Historia Secreta de una Novela*. Barcelona, Tusquets Editor, 1971, 46.)

Felicidad compartida

*“No hay que avergonzarse de ser dichoso’, afirma un personaje de **La peste**, de Camus; unas páginas más adelante, sin embargo, tiene que reconocer: ‘Es vergonzoso ser dichoso uno solo.’ Pero ¿es que, aunque vergonzoso, sería realmente posible? ¿Es posible la felicidad solitaria, disfrutada a solas en tu cubil? Una alegría sin participación resulta tan improbable como la fecundación solitaria. Si no se propaga, se apaga: dícese del fuego, dígase también de la felicidad.”*

(José María Cabodevilla, *Feria de Utopías. Estudio sobre la felicidad humana*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, de la Editorial Católica, S.A., 1974, 122.)

Elementos que relevan nuestras dichas

“Es menester, desde luego, la entrega personal a una actividad personal. Compárese la dicha que una colección de sellos proporciona a un verdadero coleccionista, que ha puesto en ella una larga ilusión, con aquella otra que puede extraer de esa misma colección quien simplemente la recibió en herencia. Es el esfuerzo lo que hace valioso el trofeo. El goce necesita del contraste de otra cosa al lado para ser tal goce, lo mismo que una sílaba sólo es tónica porque junto a

ella hay otra átona. Así, lo que hace placentera una sombra es el largo camino bajo el sol, y lo que otorga valor a un vaso de agua es exclusivamente mi sed.

“Pero hay además otro elemento importante que contribuye a dar relieve a nuestras dichas. Es la incertidumbre, es una cierta inseguridad. ¿Qué satisfacción podría producir un premio que ya estaba adjudicado de antemano? El rey a quien sus cortesanos quieren ver feliz eligen el peor método cuando le ponen la caza delante del rifle; el rey abate las piezas sin esfuerzo y sin temor de no acertar, y es profundamente infeliz por ambas razones. ¿quién se pondría siquiera a jugar a las cartas si supiera que siempre, invariablemente, iban a ir a su mano las mejores bazas?

“Para que pueda proporcionarnos algún placer, el juego debe cumplir escrupulosamente su propia definición: necesita ser una actividad reglamentada, libre, ficticia, improductiva y sobre todo incierta. Para poder ganar hace falta poder perder. Y para poder ser felices tal vez haga falta también poder ser desgraciados.”

(Cabodevilla, o.c., 190-191.)

Improductividad del estado dichoso

“Ninguna cuestión, ninguna pregunta, ningún problema es concebible en el estado de dicha. El hombre se abandona; el pensamiento cede a su habitual porfía, se abstiene de toda búsqueda; el pensamiento cesa. Por eso Scheller atribuía a ese estado de dicha el carácter de ‘frivolidad metafísica’, de esterilidad. Por eso Proust consideró totalmente perdidos los años felices, los años de buena salud, aquellos en que no escribió una línea. Por eso llegó a confesar Picasso: ‘Si no

fuéramos desgraciados, entonces no pintaríamos; pintamos porque no somos felices.’”

(Cabodevilla, o.c., 232.)

Arguedas y la felicidad

“Una noche, en el comedor, Sybila pasaba junto a él, que estaba sentado, y dijo algo que a él le hizo mucha gracia. José María, riendo como un niño, reaccionó vivamente, le tomó la mano, la hizo girar y la sentó en sus rodillas. Ella rió también mientras él la miraba embelesado, enamorado.

— ‘¿Cuánto he tenido que trabajar para tener una mujer como esta...’ —dijo.

“Desde el sofá de la sala, a unos metros, yo era testigo de la escena. No lo tengo claro, pero no sería extraño que en aquel momento haya vuelto por mi cabeza alguna reflexión sobre el incidente que él había vivido un año antes, cuando intentó suicidarse en el Museo Nacional de Historia. Si la idea o la imagen me sobrevino, fue muy fugaz. Para mí, José María, en ese momento, era un ser feliz.”

(Alfredo Pita, *Días de Sol y Silencio*. [Arguedas: El Tiempo Final.] Lima, Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega, 2011, 39-40.)

Hace años, en una conferencia, me preguntaron si un escritor de la talla de Arguedas había llegado a conocer la felicidad. No bien dije que sí me objetaron indicándome que Arguedas fue paciente psiquiátrico y terminó matándose. Entonces tuve que explicarles por qué consideraba que el célebre autor de *Los Ríos Profundos* había sido feliz.

Feliz se dice en latín **féliz**, y **féliz** significa *fecundo, feraz, fértil, fructífero*. De un árbol que producía frutos, de un árbol frutal, decían los latinos que era un *árbol feliz, félix árbol*.

Éste es el sentido primario de **féliz**. El secundario es *dichoso, venturoso, afortunado y próspero*.

De la productividad de Arguedas no cabe duda ninguna. Fue laborioso y fecundo y nos ha dejado una obra extensa y múltiple. Afirmando por eso y estoy convencido de ello que José María Arguedas fue feliz.

Yo recuerdo, a este propósito, que hace cuarenta años, o más, contraté los servicios de un albañil para que me hiciera algunos trabajos en casa, entre ellos, levantar una pared. El albañil era un sesentón baquiano de andar pausado y decir lento. Trabajaba muy bien, era casi un perfeccionista, pero su labor, por lo parsimoniosa, resultaba desesperante y cuando a las seis de la tarde me presentaba la obra hecha, ésta era muy escasa y yo no vacilaba en reprochárselo. Entonces él admitía que había hecho muy poco, pero que ese poco estaba bien hecho. Y agregaba:

“Lo que yo hago, lo hago bien. Usted dirá que me demoro. De acuerdo, me demoro, pero lo que yo hago, lo hago bien, y por eso, a mi modo, modestamente, soy feliz.”

Como el hombre no trabajaba a destajo sino a jornal, le dije:

“Usted será feliz, pero yo no tanto, porque voy a tener que pagarle más por la demora.”

Esta historia es de hace cuarenta y tantos años y por entonces yo no sabía y el albañil menos que en latín se dice **féliz** (*feliz*) de un hombre fecundo, productivo y creativo. Y efectivamente ese albañil era *feliz*, en ese sentido

fundamental y primario que tenía en latín la felicidad. Y Arguedas fue también feliz en ese mismo sentido.

Ortega y la felicidad

*“El hombre es el único ser que echa de menos lo que nunca ha tenido. Y el conjunto de lo que echamos de menos sin haberlo tenido nunca es lo que llamamos felicidad. De aquí podría partir una meditación de la **felicidad**, un análisis de esa extraña condición que hace del hombre el único ser infeliz precisamente porque necesita ser feliz. Esto es: porque necesita ser lo que no es.”* (José Ortega y Gasset, *Obras Completas*, IX, [190].)

El hombre, dice Ortega, tiene “*un mundo interior de que el animal carece, un mundo interior frente, aparte y contra el mundo exterior. Y he aquí que, desde entonces, esa última bestia que es el primer hombre tiene que vivir, a la vez, en dos mundos —el de dentro y el de fuera—, por tanto, irremediabilmente, y para siempre, inadaptado, desequilibrado; esta es su gloria, esta es su angustia*”. (**Ídem**, **ibídem**.)

Esta es su infelicidad, agregamos nosotros.

Denegri y la felicidad

*“Si dijéramos que el sentido o propósito de la vida es la **felicidad**, entonces cualquier positivista lógico o cualquier filósofo científico impugnaría nuestro decir manifestando que hay solamente dos clases de proposiciones verdaderas o genuinas: las **analíticas** (‘Todos los solteros no son casados’) y las **sintéticas** (‘Los metales se dilatan por la acción del calor’); pero el enunciado ‘El sentido o propósito de la vida es la felicidad’ no es lógicamente admisible, ni científicamente*

estimable, no es verdadero, porque hasta ahora nadie ha dado una definición absolutamente válida e indiscutible de felicidad, y además nadie ha podido averiguar ni verificar si realmente todos los seres humanos quieren ser felices o si alguna vez han sido felices, suponiendo que todo el mundo entienda lo mismo por felicidad, suposición que es a todas luces falsísima.”

(Marco Aurelio Denegri, *Esmórgasbord*. Lima, FE de la UIGV, 2011, 213-214.)

Felicidad y bienestar

*“Ese gozo profundo que se desprende de la poesía nos es siempre accesible y tiene que ver mucho más con la **felicidad**, que llega siempre en relámpago y conmoción, y no con esa forma bastarda y ciega del ser contemporáneo que es el **bienestar**.”*

(Ivonne Bordelois. *La Palabra Amenazada*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003, 85.)

La felicidad divina

Charles de Brosses (1707-1777), magistrado francés y primer presidente del Parlamento de Borgoña, dijo filosóficamente, al ver la extática Teresa berniniana, en la sección central de la Capilla Cornaro, en la iglesia romana de Santa María della Vittoria:

“Si ésta es la felicidad divina, entonces yo la conozco.”

Más adelante, Stendhal, visiblemente entusiasmado por la admirable creación teresiana de Bernini, se expresó así de ella:

“¡Qué arte divino! ¡Qué voluptuosidad!”

A juicio del sexólogo Bloch, Bernini representó “*una verdadera escena de alcoba.*”

Y por último Simone de Beauvoir comenta que la escultura de Bernini “*nos muestra a la santa desmayada en los excesos de una fulminante voluptuosidad.*”

Palabras finales

“*Felices los amados y los amantes y los que pueden prescindir del amor.*”

(Jorge Luis Borges, *Elogio de la Sombra*. Buenos Aires, Emecé Editores, S. A., 1969, 135.)